



*Arquidiócesis de Bogotá*

Vicaría de Evangelización

Documento N° 3

**UNIDOS  
Y COMPROMETIDOS  
POR UN IDEAL**

*Bogotá, D.C.,  
Septiembre de 2012*



© *Derechos Reservados*

***Arquidiócesis de Bogotá***

*UNIDOS Y COMPROMETIDOS POR UN IDEAL*

***Diseño e Impresión***

*Instituto San Pablo Apóstol  
Carrera 24B No. 29A-02 Sur  
PBX 202 7919  
[www.ispaeducacion.edu.co](http://www.ispaeducacion.edu.co)*

***Ciudad***

*Bogotá D.C., Septiembre de 2012*



# ORACIÓN POR LA CONSTRUCCIÓN DEL NUEVO PLAN ARQUIDIOCESANO DE EVANGELIZACIÓN

Señor Jesucristo,  
tú que nos llamas a anunciar el Evangelio  
y a transformar con su fuerza renovadora nuestro mundo,  
haz que te reconozcamos presente y actuante en esta hora  
en que nuestra Arquidiócesis de Bogotá, en sus 450 años,  
por fidelidad a ti y a los hombres y mujeres de nuestro tiempo,  
construye un nuevo plan de evangelización.

Acompáñanos, Señor, para que, como fruto de este proceso,  
el camino de la Iglesia se haga más convergente  
con el de aquellos a quienes nos envías.

Ayúdanos a escuchar con apertura de mente y de corazón Tu voz  
en las voces de tantos que anhelan la redención.

Que instruidos constantemente por tu Palabra,  
reconozcamos con lucidez los signos de los tiempos,  
y en espíritu de conversión personal y comunitaria,  
nos dispongamos a secundar con mayor docilidad y confianza  
la acción de tu Espíritu en la Iglesia y en el mundo.

Haz que te reconozcamos en la Fracción del Pan  
y en el hermano a quien debemos servir como el Buen Samaritano  
para anunciar tu Reino mediante el servicio misericordioso,  
la instauración de la justicia y procesos de reconciliación.

Amén.

María, Estrella de la Evangelización. Ruega por nosotros.

## SIGLAS

- DA V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, *Documento de Aparecida*, 2007.
- DCE Benedicto XVI, *Carta Encíclica sobre el amor cristiano - Deus Caritas est*, 2005
- EN Pablo VI, *Exhortación Apostólica Evangelii Nuntiandi*, 1975
- LG Concilio Vaticano II, *Constitución Dogmática sobre la Iglesia - Lumen Gentium*, 1964
- NMI Juan Pablo II, *Carta Apostólica Novo Millenio Ineunte*, 2001

# CONTENIDO

1. DISCÍPULOS DE JESUCRISTO CON UNA MISIÓN EN BOGOTÁ
2. EL CAMPO DE EVANGELIZACIÓN Y SUS DESAFÍOS
  - 2.1. Hechos que nos llenan de esperanza
  - 2.2. Hechos que nos interpelan como ciudadanos y discípulos misioneros
3. LA COMUNIDAD DE LOS DISCÍPULOS MISIONEROS Y SUS DESAFÍOS
  - 3.1. Hechos que nos llenan de esperanza
  - 3.2. Hechos que nos llaman a la conversión
4. LA PALABRA QUE NOS ILUMINA
  - 4.1. *“Ustedes son...”*
  - 4.2. *“Ser la sal de la tierra y la luz del mundo”*
  - 4.3. *“Si la sal se vuelve sosa pierde su sabor”*
5. LO APRENDIDO EN EL DISCERNIMIENTO, QUE NOS UNE Y COMPROMETE
  - 5.1. Lo aprendido en el discernimiento
  - 5.2. El problema focal
  - 5.3. La idea fuerza
6. EL CAMINO A SEGUIR



# 1. DISCÍPULOS DE JESUCRISTO CON UNA MISIÓN EN BOGOTÁ

La ciudad de Bogotá tiene actualmente una población de casi ocho millones de habitantes, y ha llegado a convertirse en una gran metrópolis, no solamente por el aumento del número de sus habitantes, sino sobretudo por la diversificación de sus culturas y por la complejidad creciente de sus interacciones políticas, económicas, sociales y religiosas. La vida de los ciudadanos acontece hoy en medio del desarrollo urbanístico, los avances de la ciencia y de la técnica, las redes de comunicaciones, los proyectos y oportunidades que nos hacen soñar en un mundo más humano y mejor para todos; pero simultánea y paradójicamente, también la vida de la ciudad transcurre en medio de los conflictos en las relaciones humanas, de los intereses encontrados, de la intolerancia, de las diferencias sociales, del descuido del medio ambiente, de los antivalores, de los dramas personales y situaciones de exclusión e injusticia, que muestran el rostro inhumano que también encierra nuestra ciudad.

Es en medio de esta realidad compleja de la ciudad de Bogotá donde los católicos reconocemos la presencia misericordiosa de Dios que, comprometido con todo ser humano, busca hacernos partícipes a todos de su comunión de amor y de su vida plena; y desde donde nos llama y nos envía, a través de su Hijo y de la Iglesia, para que, como discípulos y misioneros y partícipes de esa vida plena, demos testimonio y anunciemos a todos la presencia del Reinado de Dios, como el mismo Jesucristo lo hizo: *“Se ha cumplido el tiempo, el Reino de Dios está cerca: conviértanse y crean en el Evangelio”* Mc 1,15.

Es esta convicción de fe la que mueve nuestros corazones, para que como miembros de la Arquidiócesis de Bogotá, y junto con nuestros hermanos de las Diócesis de Soacha, Fontibón y Engativá, seamos fieles y llevemos a cabo la tarea evangelizadora de nuestra ciudad, en las circunstancias que hoy la caracterizan, haciendo más viva y significativa la presencia salvífica del Señor y sirviendo de tal manera que Jesucristo sea conocido, amado y seguido, para vivir en Él relaciones de comunión y comprometernos en la transformación de nuestra historia hasta la venida de la Jerusalén Celestial, la ciudad que viene de lo alto (cf. NMI 29).

Hombres y mujeres de fe, sacerdotes, religiosos y laicos de la Arquidiócesis de Bogotá, a lo largo de su trayectoria de 450 años, buscaron ser fieles a su misión afrontando los desafíos de su tiempo; hoy nos corresponde a nosotros estar a la altura del momento presente que vivimos y saber leer, descubrir, intuir, las voces del Espíritu, los signos de la presencia y de los planes que Dios está realizando en medio de nosotros, en las circunstancias concretas de nuestra ciudad, en medio de sus dinámicas y complejidades, para ponernos a su servicio.

La Arquidiócesis también está conformada por católicos de los municipios de oriente: La Calera, Choachí, Fómeque, Ubaque, Chipaque, Une, Cáqueza, Quetame, Fosca, Gutiérrez y Guayabetal. Hombres y mujeres que desde su fe en el Señor Jesucristo viven y luchan por sus vidas, en medio de un contexto rural, que tiene sus propias dinámicas y dificultades, pero que además es fuertemente influenciado por la expansión de las culturas que se generan desde la ciudad de Bogotá y que desde diversas interacciones van generando un cambio que exige ser discernido y afrontado desde la fe. De ahí que en ocasiones usamos la expresión “ciudad-región”, pues con ella queremos reconocer a los demás hermanos de la Arquidiócesis que viven fuera de la ciudad de Bogotá, en estos municipios, pero que viven bajo la influencia de la cultura urbana que se expande y genera nuevas transformaciones en la vida de estos pueblos del oriente de la sabana.

Es por esto que nuestro Arzobispo, Rubén Salazar Gómez, atento a las nuevas circunstancias que está viviendo nuestra ciudad y municipios, y en el espíritu de renovación que inició el pasado Sínodo Arquidiocesano (1996), y el Primer Plan Global de Pastoral, nos convocó desde el año pasado a vivir juntos un nuevo proceso de discernimiento comunitario, para poder construir un nuevo Plan de Evangelización, a partir de identificar lo que el Señor Jesús está esperando de nosotros, como sus discípulos misioneros, en medio de las nuevas y complejas circunstancias de nuestra sociedad urbana, en las cuales Él ya está realizando su obra de salvación y expandiendo su Reinado de misericordia.

Ya hemos recorrido una parte del camino, que nos ha permitido encontrarnos, reconocernos, dialogar; nos ha hecho mirar más profundamente nuestra realidad social y eclesial y sentirnos



comprometidos con ella; nos ha confrontando al hacernos caer en cuenta de nuestras debilidades y errores; pero también nos ha hecho ver nuestras posibilidades y soñar que otra ciudad es posible, otra manera de ser Iglesia y de evangelizar es posible, en la medida en que nos tomemos en serio el llamado a la conversión personal y pastoral, que resuena en toda la Iglesia Latinoamericana.

Pero, por encima de todo, nos está conduciendo a re-descubrir la capacidad de Jesucristo de encarnarse en cada nueva circunstancia de la historia humana, para hacernos libres, para comunicarnos vida verdadera y encauzar las complejidades y riquezas de la vida humana hacia el proyecto de amor y comunión para el cual fuimos creados. Nos está llevando a reconocer el compromiso del Señor para con su Iglesia, que se renueva en cada momento de la historia y en cada contexto, y hoy se hace más real y fuerte que nunca en nuestra Arquidiócesis de Bogotá, que busca llegar a ser la Iglesia que Dios quiere y nuestra sociedad urbana necesita.

Queremos ahora dar a conocer los resultados obtenidos en la consulta realizada, que se han organizado, analizado y discernido, de acuerdo con la metodología prospectiva, y que nos dan en este momento un primer y central fruto en este camino de planeación. A continuación encontraremos la síntesis de los hechos significativos frente a nuestra tarea evangelizadora, que reconocemos tanto en nuestra ciudad y municipios, como en la vida de nuestra arquidiócesis; algunos hechos nos inspiran y llenan de esperanza, porque son signos de la presencia y obra salvífica del Señor; otros, nos confrontan e interpelan, algunos especialmente nos llenan de indignación, y nos comprometen en una actitud de verdadera conversión personal y pastoral, así como en un renovado espíritu misionero que nos lleve a ser fermento transformador de esas realidades que el mismo Señor rechaza.

## 2. EL CAMPO DE EVANGELIZACIÓN Y SUS DESAFÍOS

No son los problemas sociales los que definen nuestra identidad como discípulos misioneros, sino nuestra relación y compromiso con el Señor Jesucristo; pero no podemos, al margen de nuestro contexto social, llevar adelante la misión evangelizadora que Él nos ha encomendado, sino por el contrario, atentos, como el buen samaritano, a lo que le pasa a cada hombre y mujer que están a nuestro lado, a sus necesidades y preocupaciones, a su cultura y al contexto en medio del cual vive su existencia (Cf. DA 14), puesto que son, no solo los destinatarios, sino los interlocutores de la Buena Nueva que anunciamos.

Por esto nos hemos preguntado acerca de nuestra realidad como ciudadanos de Bogotá o de cada uno de nuestros municipios, por la vida y las circunstancias que estamos viviendo, por lo que está pasando, por aquello que nos duele y por aquello que valoramos con esperanza; y con ojos de fe hemos identificado algunas características significativas de la realidad sociocultural, ante las cuales no podemos ser indiferentes, puesto que son signos evidentes de la obra del Señor y de la fuerza de su Espíritu entre nosotros, o por el contrario, nos señalan la ausencia de Dios y de su proyecto a favor de la vida humana. Además, estos hechos significativos están influyendo de múltiples formas en la manera como vivimos nuestra fe y realizamos nuestra misión, de ahí nos exijan un atento discernimiento, a la luz de la Palabra de Dios y un compromiso desde nuestra fe.

### 2.1 Hechos que nos llenan de esperanza

Entre las muchas situaciones o características de nuestro contexto social urbano y rural, identificadas en los talleres de consulta, algunas nos llaman particularmente la atención, por cuanto las reconocemos como signos que nos remiten a la presencia y a los planes salvíficos del Señor para con esta ciudad y nuestros municipios. Estas características o situaciones son:

- Crece en los ciudadanos el anhelo de participación para buscar una transformación hacia una sociedad más justa, más humana y más

digna. Los ciudadanos van creciendo en sentido de pertenencia y son más conscientes de su responsabilidad política y más activos en los diferentes espacios creados para favorecer la participación democrática en la vida social. Por esto mismo, ganan protagonismo las minorías que no tenían voz y las organizaciones de la sociedad civil. Se expande la conciencia sobre los derechos humanos y se exige su mayor respeto. Se cuidan más los derechos de los niños y hay programas en este sentido, así como a favor de los jóvenes. Hay una mayor valoración de la mujer en el plano público y privado. Se reclama cada vez más una administración pública transparente, honesta y eficaz, atenta a las necesidades de la población.

- Las graves crisis sociales que hay en la ciudad y en los municipios están llevando a una indignación ética y a un rechazo de la corrupción, la búsqueda de intereses particulares, la mentira y el engaño, y han abierto nuevamente la búsqueda y el reclamo por valores evangélicos como por ejemplo, la honestidad, la justicia, la reconciliación.
- Hay un redescubrimiento de otras dimensiones de la personalidad humana, como las inteligencias múltiples, la estética, el deporte, etc. La dimensión lúdica es valorada como un campo para promover el crecimiento, la formación, la integración y convivencia social. Hay interés por los estudios superiores. Se busca una educación de calidad y una actualización continua.
- Persiste la búsqueda del amor verdadero, a pesar de las crisis en las relaciones interpersonales. Sobre todo hay muchos que trabajan, a pesar de las grandes transformaciones que vive, por tener una auténtica vida familiar, que sea espacio de paz y de crecimiento, fuente de seguridad, de educación y de apoyo.
- El pluralismo existente, como expresión del potencial humano, también se presenta como espacio de encuentro y construcción sociocultural. La secularización y la laicidad crecientes en nuestra ciudad, bien entendidas, son importantes para la sociedad.
- Hay una búsqueda de trascendencia, de vida alternativa, un despertar hacia lo religioso. La religiosidad popular sigue presente como un patrimonio de la cultura. Hay mayor reclamo de una convivencia pacífica entre las distintas religiones.

- Crece la preocupación por el respeto y protección del medioambiente; por tener un modelo de desarrollo sostenible, amigable con el ambiente, humano e integral, y que promueva distintas formas de economía solidaria. Son muchas las iniciativas en este sentido.
- La expansión de las tecnologías de la comunicación han traído muchas posibilidades a las búsquedas de humanización de la vida. Las redes sociales y su uso masivo han demostrado su capacidad para generar nuevas formas de relaciones humanas y para exigir comportamientos más éticos, transparentes y coherentes.
- También reconocemos como factor de cambio y motor de transformación evangélica, las esperanzas compartidas, tanto en la ciudad como en los pueblos, sobre el futuro de nuestra sociedad: organizada, fraterna, pacífica, acogedora y segura; con un acuerdo ético sobre los valores fundamentales para la convivencia ciudadana; que respeta y promueve la dignidad humana y la de la familia, como célula fundamental de la sociedad. Una sociedad pluricultural, en la que se respeten las diferencias (étnicas, religiosas y de minorías), incluyente, equitativa y ecológica; en la que haya trabajo, educación, vivienda, alimentación y salud para todos. Con una buena administración pública. Con ciudadanos responsables socialmente y participativos. Que atiende a los últimos y excluidos y promueve su desarrollo. Una ciudad en la que las TIC estén al alcance de todos y puestas al servicio del desarrollo humano integral, de la comunicación interpersonal y de la construcción del conocimiento. Una ciudad con un sistema educativo incluyente y de calidad.

## **2.2 Hechos que nos interpelan como ciudadanos y discípulos misioneros**

- Como ciudadanos, los católicos vivimos en medio de la complejidad de la ciudad de Bogotá y del drama que sufre ante la falta de un proyecto de sociedad que la integre y caracterice; así como también vivimos los efectos del proceso de transformación que se está dando en los municipios rurales. Compartimos con toda la humanidad un tiempo de incertidumbre, en el cual estamos viendo cómo llegan a su fin muchas formas tradicionales de interpretar la

vida y cómo nacen nuevas maneras de comprender al ser humano, la naturaleza y los grandes desafíos de la sociedad humana. Se perciben los efectos positivos de la globalización, así como sus graves problemas, por cuanto desafortunadamente responde más a intereses particulares y materialistas, que a la búsqueda del bien común y del desarrollo humano integral.

- Dentro de este panorama bogotano de transición cultural reconocemos un contexto de pluralidad, como es propio de las grandes ciudades y de toda su región de influencia circunvecina. Pluralidad de culturas, de formas de pensamiento, de costumbres, de expresiones, de criterios, de religiones y de éticas; pluralidad de estratos culturales tradicionales, modernos y “posmodernos”, que conviven simultáneamente, fruto del particular proceso de desarrollo del país y de nuestra ciudad y municipios. Pero pluralidad que, por la búsqueda de intereses personales o particulares, las diversas formas de discriminación, la dificultad para aceptar las diferencias, no logra consolidarse dentro de una sociedad democrática en la que prime realmente el bien común.
- Reconocemos además, un contexto donde el desarrollo económico no ha estado siempre al servicio de la dignidad humana, de la justicia, de la equidad, del desarrollo integral sostenible y de la solidaridad; y, por tanto, así como ha generado posibilidades de emprendimiento, de empleo y de riqueza para muchos, también ha generado, y con mayor fuerza, más pobreza, injusticia social, exclusión, inequidad, y conflicto social; hechos que marcan el rostro de nuestra ciudad y municipios. Se ha arraigado, casi como actitud de vida, la búsqueda del enriquecimiento rápido y fácil, que está a la base, junto con otras causas, de la violencia generalizada, en sus distintas formas, y especialmente el drama del desplazamiento forzado. Circunstancias todas que por un lado generan multitud de víctimas y heridos, y por otro lado, mucha indiferencia de parte de otros.
- Vemos un contexto en el cual va creciendo, por la implementación de la Constitución del 91, una mayor conciencia de ciudadanía y participación democrática, que va generando más participación en la construcción del tejido social, así como el surgimiento de nuevos actores sociales, como ONG, asociaciones y centros culturales,

pero aún falta camino por recorrer en este sentido. Hay mayor consciencia sobre nuestros derechos, pero desafortunadamente poca disposición hacia el cumplimiento de nuestros deberes sociales. La gestión pública pasa por un estado de crisis, ante la incorrecta comprensión de lo que es la política y sus fines y, sobretudo, por el rechazo y desconfianza frente a todos los actores políticos, tan involucrados en asuntos de corrupción.

- Este contexto que vivimos ha generado una profunda transformación de la familia y de su misión, con luces y sombras; una verdadera crisis del papel de cada uno de sus miembros, de sus relaciones e interacciones; que afecta el desarrollo humano y el tejido social y eclesial.
- Es, además, un contexto marcado por la mediación y el desarrollo de las tecnologías de la comunicación; por las posibilidades de relaciones que generan, así como por los condicionamientos que se suscitan en la vida personal y social; se percibe una gran ambivalencia en el manejo de los medios, y muchos intereses en conflicto.
- La educación formal, desde la escuela hasta la universidad, preocupa a muchos, puesto que se ve desafiada por las transformaciones culturales y sociales que estamos viviendo; y también los distintos intereses que entran en juego, no siempre coinciden con la búsqueda del desarrollo integral de los estudiantes.
- La contaminación, el conflicto por la propiedad y el uso de la tierra, la movilidad, la disputa por el agua, el deterioro de los cerros orientales, y en general el descuido del medio ambiente, a pesar de las iniciativas ecológicas, es un desafío en la vida de la ciudad y de nuestros municipios. Falta una mayor consciencia sobre los graves daños que estamos causando a nuestra propia casa y un mayor sentido de responsabilidad y compromiso de cada uno y de todos en el cuidado de nuestro planeta.
- La experiencia religiosa, personal y socialmente, vive una transformación que se manifiesta en varios aspectos: pluralismo de confesiones religiosas, rechazo de la dimensión social e institucional de la fe, exaltación de las experiencias subjetivas, emotivas y estéticas, particularmente del llamado “estilo o

movimiento pentecostalista”, incluso al interior de la Iglesia católica; propagación de múltiples ofertas de “trascendencia”, que guiadas más por intereses económicos, manipulan las búsquedas religiosas de las personas, con mensajes de éxito y prosperidad inmediata para todos. En muchos sentidos, la religión ha llegado a convertirse en la ciudad en un objeto de consumo y de comercio; situación que reconocemos aún en ciertas prácticas dentro de nuestra Iglesia Católica.

- Y por último, reconocemos mentalidades y criterios éticos de vida, que se difunden actualmente como algo bueno y normal en la sociedad, pero que realmente atentan contra la dignidad humana y una justa convivencia social. En primer lugar se ve la fuerza que tienen el consumismo y el individualismo, que generan relaciones de competencia, de manipulación, de utilización de unos sobre los otros y una gran indiferencia frente a las necesidades de los demás. Prima la visión materialista de la vida, la búsqueda de “prosperidad” y enriquecimiento a cualquier costo, pues “el fin justifica los medios”. Se reafirma una mentalidad guerrerista que justifica la violencia y la hace ver como normal. Hay un ambiente de rechazo, sin mayores argumentos, de todo lo institucional y lo tradicional, pues se le juzga como “antihumano” y en contra de lo moderno. Se rechazan los valores y los referentes que dan sentido auténtico a la vida humana y se exalta un puro relativismo, que paraliza la libertad.

### 3. LA COMUNIDAD DE LOS DISCÍPULOS MISIONEROS Y SUS DESAFÍOS

De igual manera que lo hicimos sobre la ciudad y nuestros municipios, también hemos dialogado y compartido nuestras esperanzas y preocupaciones sobre nuestra propia Iglesia particular; hemos reconocido sus fortalezas, los aspectos que reclaman conversión y los anhelos profundos que tenemos sobre su futuro.

#### 3.1 Hechos que nos llenan de esperanza

- Lo primero que hemos podido reconocer y agradecer es la existencia de un gran número de fieles católicos que, ante la llamada a colaborar en este proceso de planeación, han manifestado su sentido de pertenencia y amor por el Señor y por su Iglesia, y han participado con gran interés, expresando su preocupación y, a veces, su clamor ante una gran cantidad de aspectos de la vida de la comunidad arquidiocesana y de su acción evangelizadora que requieren una renovación o transformación por no estar conformes con el Evangelio o por estar distantes de la realidad que estamos viviendo y ser, por tanto, incapaces de entrar en un diálogo evangelizador con los nuevos tiempos y circunstancias. Pero de igual manera han sabido expresar sus esperanzas, al reconocer la fuerza y la presencia del Espíritu que nos acompaña, y han manifestado su actitud de conversión y de compromiso para que la Iglesia de Bogotá tenga un nuevo rostro más vivo y misionero.
- **En los espacios de comunión:** Reconocemos el creciente sentido de pertenencia a la Iglesia, que ha generado mayor responsabilidad y compromiso frente a la comunidad. Hoy se valoran más y se han multiplicado las experiencias de pequeñas comunidades y movimientos como espacio para vivir la fe. Hay varias parroquias en proceso de renovación. Se alimenta el sentido de pertenencia a la Iglesia universal por el acceso a mayor información sobre la Iglesia en el mundo entero, a través de los medios de comunicación.
- **En la vida de los sujetos evangelizadores:** La difusión de una nueva comprensión del bautismo como “discipulado misionero”.



La búsqueda de muchos fieles de un mayor acompañamiento espiritual, formación y trabajo sobre la propia espiritualidad. Hay un evidente despertar de los laicos tanto en la consciencia de su identidad como en su compromiso misionero que los lleva a tomar iniciativas de servicio eclesial en el ámbito político, económico, ecológico y cultural. Muchos laicos buscan actualmente formación participando en talleres, conferencias y estudios sistemáticos sobre Sagradas Escrituras y teología. Se destaca la presencia y mayor participación de la mujer en la evangelización, así como la multiplicación de pequeñas comunidades y movimientos de jóvenes.

Los esfuerzos de los seminarios por dar una formación inicial contextualizada a los sacerdotes y diáconos permanentes. El testimonio y presencia cercana y comprometida de muchos sacerdotes en medio de sus comunidades. Esfuerzos por una vida más fraterna entre los sacerdotes, con el desarrollo de las “Comunidades de Vida” que se han iniciado. Presencia comprometida y significativa de la vida consagrada.

- **En los procesos de evangelización:** Hay una creciente conciencia sobre la necesidad de desarrollar procesos de primer anuncio y de iniciación cristiana, para buscar una verdadera conversión y superación de un “cristianismo” de sólo nombre. Han surgido por lo mismo nuevas experiencias kerigmáticas y de iniciación que atraen a muchos alejados.

La liturgia sigue siendo el espacio de mayor participación y formación de la fe que ayuda en el conocimiento de la Palabra de Dios, especialmente por la difusión de los misales con las lecturas diarias y lleva al encuentro personal con Cristo- Eucaristía y a prolongarlo en la lectio divina.

Es indudable la presencia samaritana de la Iglesia en la ciudad y en los municipios que muestra la solidaridad y preocupación por atender a las necesidades de los demás y a la búsqueda de la justicia y de la paz. Es grande el número de laicos, sacerdotes, diáconos y consagrados, que desde las parroquias o desde distintas organizaciones están comprometidos con los más pobres y necesitados, en una labor de promoción humana integral. Se destaca la atención hacia los enfermos y la preocupación por los

privados de la libertad, así como institucionalmente es significativa la red de ayuda que genera y apoya el Banco de Alimentos y el Centro de Atención al Migrante. También se destaca el recurso a las tecnologías de la comunicación y las posibilidades que brinda para la evangelización.

- **En nuestros organismos y métodos de actuar:** También se reconoce un crecimiento en la actitud reflexiva y crítica sobre las metodologías que estamos acostumbrados a usar para la evangelización, sobre su capacidad para interactuar con los nuevos contextos culturales, sobre la tentación de asumir formas y tácticas no suficientemente conformes con el Evangelio para llevar a cabo la pastoral.

### 3.2 Hechos que nos llaman a la conversión

Hablar de las cosas que están mal y de las cuales somos responsables no es fácil; sin embargo en las consultas con gran honestidad y valentía hemos reconocido aquellos hechos en los cuales estamos fallando y necesitamos conversión. Los problemas parciales más significativos señalados son:

- **En los espacios de comunión:** Se reconoce que nos falta un mayor compromiso con la construcción de nuestra vida comunitaria; falta un auténtico sentido de comunión, y de reconocimiento de la presencia de Dios Trinidad en el hermano, de apoyo mutuo y de un trato fraterno entre todos los bautizados. Se reconoce que hace falta una mayor unidad en la vida eclesial y en los criterios de vida y acción. Nos reunimos, pero no somos capaces de unirnos. Especialmente se reclama el cultivo de un mayor espíritu de comunión en la vida parroquial. Falta un mayor sentido de corresponsabilidad de toda la comunidad eclesial que la lleve a una auténtica comunión de bienes y a trabajar más en comunión con todas las iniciativas evangelizadoras.
- **En la vida de los sujetos evangelizadores:** El dato más reiterado en toda la consulta es el reconocimiento de la pérdida de la identidad cristiana y de la falta de autenticidad en nuestra vida cotidiana. Hay un gran clamor por la fidelidad a Jesucristo, a su Reino y a su Iglesia, y por tanto una petición de testimonio y coherencia: que actuemos conforme a lo que profesamos desde nuestra fe;

que haya coherencia entre lo que creemos, decimos y hacemos, cada uno y en conjunto. El Reino de Dios no siempre es el criterio de la vida personal y pastoral, y por ello se reconoce que estamos des-centrados, des-fasados, des-ordenados, des-conocidos y des-encarnados.

Se espera de todos los discípulos de Jesucristo una actitud más misericordiosa y solidaria frente a los demás ciudadanos, especialmente a los más pobres y frente a los graves problemas sociales que marcan la vida de la ciudad y los municipios; esto es un elemento esencial de la identidad cristiana que es necesario cultivar. Pero también se pide, como igualmente fundamental, que haya un mayor cultivo de la vida espiritual y de la oración.

De los ministros ordenados - obispos, presbíteros y diáconos permanentes - se espera mejor ejercicio de sus habilidades pastorales, cercanía y acompañamiento; coherencia y criterio para saber administrar los asuntos dando la prioridad a la evangelización. Se clama para que su comunicación sea con un lenguaje más cercano y claro, particularmente en la homilía. Se percibe que muchos han perdido el impulso misionero y se les ve desgastados y replegados. La tendencia al activismo, sin discernimiento pastoral, ha llevado a muchos a vivir en la simple gestión de asuntos religiosos, a sacramentalizar, sin generar comunión, participación ni crecimiento.

Resuena también el reclamo por un mayor espacio de participación para los laicos, y por un mayor compromiso y presencia de parte de ellos tanto en la vida eclesial como en su labor en las cosas del mundo. Así como se pide una mayor comunicación e integración entre la vida de la Arquidiócesis y la actividad evangelizadora de la vida consagrada.

- **En los procesos de evangelización:** Se constata cómo nuestra acción evangelizadora no entra en diálogo con los procesos de transformación de la cultura urbana y rural, y se ha generado un desfase que hace percibir a la Iglesia como incapaz de vivir y actuar en un mundo moderno y "posmoderno". Nuestros paradigmas evangelizadores responden a contextos rurales, pero poco a las problemáticas urbanas. No se comprenden los procesos de transformación de la sociedad rural hacia un mundo cada vez más

urbano, así como hay dificultad para comprender lo que significa “ser cristiano en la ciudad”, para “estar en el mundo sin ser del mundo”.

El mayor vacío que se siente es la ausencia de procesos permanentes de primer anuncio, iniciación cristiana y formación permanente de la fe; procesos integrales, comunitarios, desde la Palabra de Dios y las experiencias fundantes, que generen realmente un encuentro personal con Cristo y hagan entender la vida como una vocación.

Es necesario implementar acciones específicamente misioneras, con pedagogías y didácticas actuales, así como es necesario desarrollar formas de llevar al encuentro con Cristo a la gran cantidad de bautizados no convertidos.

Hay ausencia de lugares de encuentro para la escucha, el diálogo, el intercambio, la propuesta; para que realmente seamos, como comunidad, una “casa y escuela de comunión”. El lenguaje en la evangelización se ha desgastado, es repetitivo, no actualizado y poco es interlocutor de la vida de la ciudad; esto se percibe de manera particular en la propuesta de la moral cristiana para nuestros tiempos.

Se piden celebraciones de la Eucaristía más vivas, más conectadas con la vida de la gente y con homilías bien preparadas. Pero de igual manera se pide una evangelización que sepa discernir las transformaciones que está viviendo la experiencia religiosa y particularmente la religiosidad y piedad popular.

Urge desarrollar una evangelización adecuada al proceso de secularización que vivimos, que muestre la capacidad del Evangelio y de la fe para entrar en diálogo con la razón y la ciencia, y generar un enriquecimiento mutuo. También se requiere desplegar una acción evangelizadora para los distintos ambientes o sectores específicos que genera la vida urbana, particularmente con los jóvenes. Es grande el reclamo en este sentido, pues se siente la ausencia de los jóvenes como interlocutores del Evangelio y en la vida de la Iglesia. También se pide generar procesos de la pastoral y cultura vocacional con mayor empuje y compromiso por parte de todos los fieles.

- **En los organismos, estructuras y cultura de la planeación:** Se pide además que se tengan unos criterios pastorales comunes, una acción evangelizadora más articulada, y una verdadera cultura de la planeación, que junto con los organismos y estructuras adecuadas, nos conduzca hacia una evangelización más integral, eficaz, conjunta, inculturada, y nos libere de la tentación del activismo individualista y de la fragmentación pastoral. Se reclama una acción más articulada ente todas las parroquias, superando la tentación de ser islas en medio de la ciudad o el campo.

## 4. LA PALABRA DE DIOS QUE NOS ILUMINA

En los evangelios encontramos gran variedad de imágenes y parábolas utilizadas por Jesús para referirse tanto a la presencia del Reino de Dios, como al significado de la relación de la Iglesia con el mundo y al modo de ser propio de sus discípulos. Las imágenes “sal de la tierra” y “luz del mundo”, dentro del proceso de construcción del plan de evangelización, han aparecido en el momento del discernimiento como textos singularmente adecuados para interpretar las llamadas que Dios nos está haciendo, respecto del ser y del quehacer de nuestra Iglesia Arquidiocesana en el presente y en el futuro. Son imágenes cuya comprensión y vivencia pueden ayudarnos a realizar con fidelidad nuestra vocación y misión de ser “sacramento” de salvación en medio de nuestra ciudad: una Iglesia que viva intensamente su identidad en actitud de diálogo y de interacción fecunda con la cultura plural de nuestro tiempo.

Si bien las imágenes de “sal de la tierra” y “luz del mundo” son por sí mismas sugestivas y profundamente evangélicas, una lectura interpretativa del ser de la Iglesia arquidiocesana hoy, debe ser hecha desde la globalidad e integralidad de todo el Sermón de la Montaña y articulada con otras imágenes usadas por Jesús como las de la levadura, el grano de mostaza, el sembrador y el buen samaritano, por nombrar tan sólo algunas.

La declaración de Jesús “Ustedes son la luz del mundo ... Ustedes son la luz del mundo” (Mt 5,13.14) está en estrecha relación con las bienaventuranzas que ocupan los versículos inmediatamente precedentes. El empleo del “ustedes” pone de manifiesto la relación entre los dos textos y evidencia que Jesús se está dirigiendo al grupo de sus discípulos, a aquellos que serán eventualmente perseguidos por comprometerse con su persona y con su mensaje. Después de decirles a los miembros de su comunidad cómo pertenecer al Reino, Mateo les habla de su papel en el mundo, de modo tal que no pierdan el ánimo ante las dificultades que puedan experimentar en el cumplimiento de la misión y lo hace valiéndose de dos imágenes sugerentes.

## 4.1 “Ustedes son”

Jesús no se dirige a cada discípulo individualmente considerado, sino a la comunidad de sus discípulos. Son ellos quienes han de ser sal de la tierra y luz del mundo. Dios no ha querido salvarnos, ni enviarnos a evangelizar, como a una aglomeración de individuos, sino incorporándonos al cuerpo de su Hijo Jesucristo. El reino que Cristo anuncia es la soberanía del amor divino y este sólo puede ser testificado por una comunidad de amor. Esto no significa, sin embargo, que cada discípulo no tenga un compromiso misionero propio del cual no sea responsable delante de Dios, pero incluso cuando el testigo de Cristo actúa por iniciativa personal y de forma individual lo hace siempre como miembro de la Iglesia y sostenido por la comunión con todo el cuerpo místico de Cristo.

Jesús durante su ministerio público no hizo en el fondo otra cosa que formar una comunidad-familia de discípulos destinados a colaborar con él y a prolongar su misión. Una comunidad-familia caracterizada por la vinculación con el Padre celestial y por la igualdad fundamental entre sus miembros. Así Jesús dio inicio a la Iglesia durante su vida terrena. Luego esta Iglesia quedó plenamente constituida en virtud de la efusión pascual del Espíritu Santo.

La común participación en el Espíritu divino genera entre los discípulos de Cristo una unidad profunda, en virtud de la cual la Iglesia no es una simple organización, sino que es un organismo vivo en el que circula la vida de Cristo resucitado, un organismo en el que cada uno de sus miembros no vive para sí, sino en función de los demás y en el que cada miembro sirve al bien de todo el cuerpo. La vida que Cristo nos comunica además de aunarnos nos impulsa a instaurar el reinado del amor de Dios en el mundo entero.

El Papa Juan Pablo II en la NM señaló que la programación de la misión eclesial debía inspirarse toda ella en el “mandamiento nuevo” y nos urgió a hacer de la Iglesia casa y escuela de comunión y, para ello, a promover una “espiritualidad de la comunión”. Asimismo describió dicha espiritualidad en los siguientes términos: *“Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser*

reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado. Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como uno que me pertenece, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un "don para mí", además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente. En fin, espiritualidad de la comunión es saber dar espacio al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. Ga 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias" (NMI 43).

El cultivo de esta espiritualidad es la condición para que los instrumentos externos de la comunión produzcan fruto y sean renovados los ámbitos y estructuras necesarias para la expresión y el desarrollo de la comunión eclesial (cfr. NMI 44).

La comunión guarda una relación muy estrecha con la participación al menos en dos sentidos: en primer lugar, la comunión es fruto de la participación de todos en los bienes salvíficos otorgados por Dios en Jesucristo. Todos los bautizados recibimos de Dios la vida nueva y los demás dones que Dios nos comunica. Aquello que más estrechamente nos une como miembros de la Iglesia es la participación en el mismo Espíritu de Jesucristo. En segundo lugar, la participación es fruto de la comunión por cuanto quienes hemos recibido los bienes salvíficos de Dios estamos llamados a unirnos en la acción salvadora a favor de todos y a ser en la Iglesia signos e instrumentos del Señor. La misma naturaleza de la vida divina que recibimos nos impele a la misión. En cuanto más se acoge la vida del Dios amor, más se experimenta la necesidad de compartir con otros ese don y de desplegar al servicio de la obra de Dios en el mundo las cualidades personales y los carismas entregados por Dios. Así pues la Iglesia es un ámbito en el que cada uno está llamado a poner al servicio del Reino su persona y a colaborar en los diferentes aspectos de la vida eclesial de acuerdo al propio estado de vida y a los dones recibidos de Dios.



## 4.2 “Ser la sal de la tierra y la luz del mundo”

Se ha discutido el sentido de la metáfora de la sal y de la parábola de la sal que pierde su sabor. En el ambiente judaico antiguo, la sal cumplía diversas funciones, entre las cuales las principales eran las siguientes: dar gusto a los alimentos (Jb 6,6), conservarlos, facilitar la combustión de los alimentos. La sal era también echada sobre la ofrenda de los sacrificios rituales (Lv 2,13; Ez 43,24) y, a veces, incluso era empleada en los anatemas contra una ciudad conquistada. Jamás la imagen fue aplicada al pueblo de Israel. En el caso de Mt 5,13<sup>a</sup>, al no haber una explicación propia, y ya que condimentar es el uso más común de la sal (cf. Sir 36,26), es necesario considerar este sentido como el más probable en este caso. Como la sal era necesaria e insustituible en la alimentación cotidiana, así los discípulos tienen en el mundo una misión única y necesaria. La expresión tierra en este versículo no se refiere al *humus* para los cultivos, sino al mundo humano.

El significado es claro, los discípulos están en relación con el mundo, es decir, con la humanidad entera, y aquello que la sal es para los alimentos cotidianos, deben serlo los discípulos para la humanidad; ser fuente de sabor. Algunos autores han concluido, en sintonía con una interpretación patrística, que los discípulos sólo serán la sal de la humanidad cuando sean verdaderamente sabios, esto es, cuando vivan según el espíritu de las bienaventuranzas y en el horizonte de sentido dentro del cual se proyectan: el reino de Dios en su realización presente y en su consumación al final de los tiempos.

Vale la pena recordar la proximidad etimológica de las expresiones “sabor” y “saber” que se derivan del mismo término latino *sapere*. El sabio no es simplemente aquel que posee un conocimiento de orden intelectual, sino aquel que sabe vivir porque ha descubierto aquello que le da gusto a la vida. La Iglesia da sabor a la vida de los hombres en la medida en que descubre el sentido último de la existencia humana y en cuanto asume y propone un estilo de vida que confiere plenitud a la existencia humana.

La ubicación de esta declaración gráfica de Jesús sobre la identidad de los discípulos, después de algunas de sus enseñanzas principales, pone de relieve que no se puede ser discípulo de Cristo sin ser

misionero, que quien acoge de verdad la enseñanza del Señor se convierte necesariamente en testigo. Cristo declara que la comunidad de sus discípulos existe para interactuar con los hombres. La Iglesia no es una magnitud absoluta. Existe para la relación con el mundo.

La luz, por otra parte, es una “metáfora” abierta, cuyo sentido será precisado enseguida. En el Antiguo Testamento y en el judaísmo, la imagen ha sido aplicada a Dios, a Israel, a algunos individuos, al siervo de Yahvé, a la Torah y a Jerusalén. Un texto vecino a Mt 5,14-16 es el pasaje de Is 60,1-3: “levántate, revístete de tu luz, porque viene tu luz: la gloria del Señor brilla sobre ti... Caminarán los pueblos a tu luz...”. Dios es la luz de Jerusalén y de su pueblo; por eso, Israel se convierte, a su vez, en luz para el mundo. Según Mateo esta tarea es ahora confiada a los cristianos. Lo sugiere también aquí el pronombre usado “ustedes”. Haciendo esto, los discípulos aseguran la continuidad de la misión de Jesucristo en el mundo. De hecho, en un pasaje que precede el Sermón de la Montaña, Jesús es reconocido como “la luz de aquellos que están en las tinieblas” (Is 9,1-2 citado en Mt 4,15-16). Los discípulos son la luz del mundo en la medida en que son el reflejo auténtico de la vida y de la enseñanza de Jesús.

Los Padres de la Iglesia y algunos autores de la edad media aplicaron a la comunidad cristiana la analogía de la luna. Ésta trae la luz en la noche, pero la luz no procede de ella, sino del sol. Así es la Iglesia: trae la luz al mundo, pero esta luz que trae no es suya. Es la luz de Cristo. La Iglesia no ha de querer ser sol, sino que debe alegrarse de ser luna, de recibir toda su luz del sol y de hacerla resplandecer en medio de la noche. Recibiendo la luz de Cristo la Iglesia vive toda su plenitud de alegría, “porque ella” como confesó Paulo VI en el *Credo del Pueblo de Dios* “no goza de otra vida que la vida de la gracia”.

En vísperas del año de la fe, la imagen de la luna ayuda también a captar también la naturaleza de la Iglesia y de su misión. La comparación con la luna no debe tomarse como una marginación de la misión de la Iglesia. La Iglesia es a su modo responsable de la luz de Cristo que está llamada a reflejar. No se debe ofuscar esta luz. La Iglesia debe reverberar, y no empañar o apagar en sí ese reflejo. Como hace la luna durante la noche, la Iglesia debe difundir la luz de Cristo en la noche de las búsquedas del hombre en las que a veces, según la expresión de San Juan de la Cruz, sólo la sed nos alumbraba.

La luz de Cristo es una luz que procede de lo alto. No es simplemente el resultado de las búsquedas humanas, nos descubre la intimidad misma del ser divino, su verdad trinitaria, así como el proyecto de Dios sobre la humanidad de hacernos partícipes del gozo de la comunión trinitaria.

La Iglesia ha de transparentar esta luz, de modo semejante a como los vitrales permiten que la luz pase por ellos. La Iglesia, como dice el Concilio, es en Cristo como un sacramento (cfr. LG 1), un signo eficaz, cuya naturaleza reclama que en ella todo lo visible sea mediación de lo invisible, que todo en ella se ordene a la transparencia del Evangelio como fruto de la experiencia salvífica de Dios. Así pues, sus instituciones y estructuras pastorales, cada una de las condiciones de vida que en ella se dan (la laical, la religiosa y la de los ministros ordenados), sus enseñanzas y sus celebraciones, los gestos de servicio y solidaridad, la lucha por la justicia y la reconciliación, todo esto existe en función del Reino de Dios y para la manifestación del propósito salvífico del Padre y del poder redentor y renovador de la pascua de Cristo. Nada en la Iglesia es un fin en sí mismo, todo en ella se ordena al testimonio y al servicio del amor misericordioso y transformante de Dios. Por tanto la Iglesia será luz en la medida en que se deje iluminar por Cristo, en la medida en que esté profundamente unida a su Señor y vaya adquiriendo cada vez más la forma de Cristo.

Asimismo, retomando la imagen de la sal, la Iglesia será sal en la medida en que mantenga vivo el sabor de Cristo, un sabor que no hace referencia simplemente a unas afirmaciones teóricas sobre el fundamento del mundo, sino al encuentro con Jesucristo y a la transformación existencial que este encuentro produce en el ser humano. Como el Papa Benedicto XVI lo afirmó en su primera encíclica, no se comienza a ser cristiano por una opción ética o por una idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una persona, que le da un sentido y una orientación nueva a toda la vida (cfr. DCE1).

Otros dos rasgos señalados como connaturales al ser de la Iglesia, no siempre comprendidos y vividos, pero sí expresados en las imágenes de la sal y de la luz, son: el ser comunidad reconciliada y el ser comunidad de contraste. Con el primero se entiende que la Iglesia como comunidad, derriba las barreras sociales, los prejuicios y todos aquellos muros que separan a los seres humanos, y los reconcilia con

Dios y los hace en verdad hermanos. El privilegio en esta comunidad de hermanos reconciliada, lo tienen los pobres y los marginados de la sociedad. Contrario al “imperio” o al ambiente social, que excluye, margina y separa, la Iglesia reconcilia. Todo ello es producto de la acción del Espíritu en la comunidad y en el creyente. Y es comunidad contraste porque es signo de contradicción, porque es signo de una realidad nueva, porque no se acomoda en su ser y en su actuar a los criterios imperantes de su tiempo. En palabras de Jesús, da a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. En la medida en que la comunidad es comunidad reconciliada, ella es también comunidad “nueva creación”; no en el sentido de algo que ha de venir al final de la historia, sino algo ya presente en la sociedad, como comunidad alternativa y de contraste.

### 4.3 “Si la sal se vuelve sosa pierde su sabor”

Las imágenes de la luz y de la sal no remiten a propósitos moralizantes sino a la pregunta por si la experiencia de fe es o no auténtica. No dicen “deben ser” la luz, la sal o la semilla sino “son” sal, luz, semilla. La cosa está clara: si la sal no sala es que no es sal, si la luz no ilumina es que no es luz, si la semilla no germina es que no lo era.

En los evangelios la palabra griega que se traduce por sal viene de otra palabra griega que también de modo figurado puede ser entendida como “prudencia”. Luego al hablarse de perder el sabor, de desvirtuarse, Jesús puede estar llamando la atención de sus discípulos para que no sean “necios”; y necio es aquel discípulo que ha perdido el sentido vivo de la fe; son cristianos sin sentido alguno de su vocación y misión. Una “sal sosa” es un discípulo y una Iglesia que han perdido su capacidad de ser fermento; por lo mismo, es un cristianismo inofensivo, aplanado, prudente, neutro y razonable; es un modo de ser discípulos e Iglesia, cómodo, que ha dejado de lado su condición de ser señal de contradicción.

En el documento de Aparecida encontramos una descripción de este tipo de sal desvirtuada: Es *“una fe católica reducida a bagaje, a elenco de algunas normas y prohibiciones, a prácticas de devoción fragmentadas, a adhesiones selectivas y parciales de las verdades de la*

*fe, a una participación ocasional en algunos sacramentos, a la repetición de principios doctrinales, a moralismos blandos o crispados (...) es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad” (DA 12).*

Por eso el llamado recurrente de la Conferencia de Aparecida a hacer de todo bautizado un discípulo misionero de Jesús, ha superar esa condición tan característica de bautizados no convertidos o bautizados sociológicos. Lo cual va a pedir también una verdadera conversión pastoral de la “necedad” que caracteriza también nuestros actuales procesos de evangelización.”Necios” o mejor “sosos o desvirtuados” porque, al no acompañar la conversión ni al estar sustentados en ella, no hacen sino reducir el cristianismo a un hecho cultural o sociológico.

Las palabras de Jesús nos invitan entonces a pensar en que la conversión personal, comunitaria y pastoral, hoy más que nunca, son necesarias. La Iglesia movida por esta actitud evangélica, evitaría todo tipo de “triumfalismo”, y además pensaría sus procesos evangelizadoras de un modo distinto que superen la situación actual de una fe sin dinamismo, anónima y con escaso compromiso social. Algo ya pedido por el Papa Pablo VI: *“Lo que importa es evangelizar – no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces – la cultura y las culturas del ser humano” (EN 20).*

## 5. LO APRENDIDO EN EL DISCERNIMIENTO, QUE NOS UNE Y COMPROMETE

### 5.1 Lo aprendido en el discernimiento

A través de distintos ejercicios de consulta y discernimiento, e iluminados por la Palabra del Señor, hemos podido reconocer una clara llamada a toda la Iglesia Arquidiócesana a una profunda renovación de su vida y misión.

Como ya lo señalaba el Documento de Aparecida, no hemos sido ajenos al impacto de las transformaciones que vive la humanidad y nuestra propia sociedad colombiana; las cuales han confrontado nuestra vida, la manera tradicional de encontrarnos con Jesucristo y de anunciarlo a Él y a su Reino, la manera de entendernos y de vivir como católicos en medio de la ciudad y los demás municipios.

Podríamos pensar que la manera de afrontar este momento es buscar cómo volver hacia atrás, para recuperar los tiempos pasados. Sin embargo estas nuevas circunstancias, mirándolas con los ojos de la fe, no nos deben llenar de temor ni de actitudes de replegamiento, pues son un tiempo oportuno (*kairós*), un tiempo de gracia, para redescubrir la novedad que Jesucristo Resucitado es capaz de generar en cada momento de la historia, en cada circunstancia, en cada ser humano. La insondable riqueza de su vida y amor, que no se agota en un momento determinado, nos da la esperanza de que estamos ante la posibilidad de acudir a Él para hallar nuevos sentidos, nuevos significados para nuestra vida y para nuestra sociedad en transición; para alcanzar un cielo nuevo y una tierra nueva.

Nos sentimos entonces llamados a entrar en un camino de conversión personal y pastoral; entendido, no como un volver atrás, sino, como un dejarnos recrear por un renovado encuentro con Jesucristo y con su Espíritu, dejarnos enamorar de su proyecto del Reino, creyendo que una nueva vida, una nueva sociedad, un nuevo rostro de Iglesia, es posible; ya que el amor misericordioso del Señor está presente y nosotros nos reconocemos como sus instrumentos. La primera predicación de Jesús: *“El tiempo se ha cumplido; el Reino*

*de Dios está cerca. Conviértanse y crean en el Evangelio*”, tiene todo su sentido hoy para nosotros.

No ha sido fácil comprender la complejidad de los cambios y transformaciones que estamos viviendo, sus luces y sombras, sus valores y antivalores; pero es desde el discernimiento de los mismos como iremos descubriendo los caminos de esa renovación. Son muchas las circunstancias de dolor, de injusticia, de sufrimiento, de exclusión, presentes en la ciudad y en los pueblos, que no agradan a Dios, y las que particularmente nos interpelan y nos desafían en nuestro compromiso evangelizador; así como son grandes las oportunidades y los medios que brinda la nueva sociedad que va surgiendo, para que Jesucristo sea conocido, amado y seguido, y los hombres y mujeres encuentren en Él vida verdadera.

Es entonces un tiempo para renovar nuestra condición misionera, valorando y aprovechando todas las fortalezas y signos de esperanza que hemos identificado, así como esforzándonos por superar los obstáculos reconocidos; un tiempo para vivir la belleza y la alegría de lo que significa ser auténticos discípulos misioneros de Jesucristo, y testigos de la Vida que nos ha comunicado; pero sobre todo, es un tiempo para recordar la confianza que Jesucristo ha puesto en nosotros al hacernos partícipes de su misma misión, el mandato que nos ha dado al enviarnos a evangelizar estos tiempos que vivimos y la promesa de su presencia cercana para lograrlo.

Esta mirada de fe sobre nuestra realidad y el tiempo que vivimos, nos alienta entonces a concretar nuestro nuevo Plan Arquidiocesano de Evangelización y a precisar los ideales, los objetivos y los caminos que queremos recorrer, para hacer realidad nuestro propósito de renovación profunda.

## **5.2 El problema focal**

Para concretar entonces los caminos que vamos a seguir en nuestra planeación hemos visto necesario hacer el ejercicio de identificar el “problema focal”, es decir, la situación que reconocemos a la base de todos los demás problemas parciales que hemos reconocido; la raíz de los demás problemas. Necesariamente exige un reconocimiento humilde de lo que está mal, de ahí su redacción en términos negativos,

pero centra la atención en aquello que debemos cambiar si queremos ser dóciles al Espíritu y alcanzar nuestros ideales. No es un diagnóstico global de la situación, sino una mirada atenta a lo que esta mal y reclama un cambio.

Luego de varios ejercicios de análisis se ha llegado a la siguiente formulación:

*La Arquidiócesis de Bogotá, como Pueblo de Dios que peregrina en medio de esta ciudad-región, muestra una débil adhesión a la persona de Jesucristo y a su proyecto del Reino que le impide leer e interpretar, en las circunstancias actuales de pluriculturalidad, cambios permanentes e injusticias sociales, los signos de la presencia salvadora de Dios para ponerse a su servicio. Consecuentemente, a pesar de sus esfuerzos evangelizadores, prevalece un modo de ser Iglesia caracterizado por una pastoral de conservación, sin ímpetu misionero, de simple gestión de prácticas religiosas, poca participación, activismo individualista y asistencialismo, y recorre así un camino paralelo a la vida y preocupaciones de la gente.*

Esta formulación nos permitirá pensar en nuestros esfuerzos de renovación, en los caminos a seguir, pero teniendo presente, con realismo, la fuente de los obstáculos que debemos afrontar y superar. El deseo es que este “problema focal” sea criterio permanente de revisión, de autocrítica, de motivación para la conversión personal y pastoral, que será jalonada por la “idea fuerza”.

### **5.3 La idea fuerza**

A la luz de la Palabra de Dios, y desde la escucha atenta de los anhelos expresados en las consultas, así como desde el discernimiento de la situación presente y del “problema focal” identificado, se ha formulado entonces la “idea fuerza”. Como su nombre lo dice, es una idea, más aún, un ideal que quiere fijar nuestra atención en un futuro posible y comprometer todas nuestras fuerzas, para que, con la gracia de Dios, lo hagamos realidad, llevando la situación presente hacia un nuevo futuro. Es una “idea fuerza”, porque sintetiza o condensa en unas pocas palabras todos los anhelos de la Iglesia y del estilo de



evangelización que queremos llevar a cabo en la Arquidiócesis de Bogotá e inspirará los caminos concretos, las estrategias específicas, los medios adecuados para que alcancemos nuestros propósitos.

La “idea fuerza” la expresaremos de dos formas: primero como un lema y luego como un texto más amplio que explicita el contenido del lema. Luego de varios ejercicios de discernimiento se ha llegado a la siguiente formulación:

Lema:

***La Arquidiócesis de Bogotá, en Jesucristo,  
sal de la tierra y luz del mundo***

Texto:

*La Arquidiócesis de Bogotá, como Pueblo de Dios que peregrina en medio de esta ciudad-región, vive y celebra su adhesión a la persona de Jesucristo y a su proyecto del Reino y la expresa en su vida de comunidad; de modo orgánico, dinamiza la participación de todos sus miembros y renueva constantemente sus procesos de formación y estructuras de comunión y servicio; consciente de su misión evangelizadora, como sal y luz del mundo discierne y secunda la acción del Espíritu Santo, para anunciar a Jesucristo con una actitud dialogante, profética y propositiva, en medio de la pluralidad cultural y participar en la construcción de una sociedad más justa, reconciliada, ecológica, solidaria y misericordiosa.*

Esperamos que esta “idea fuerza”, su lema y su explicitación, se difunda entre todos los católicos, especialmente durante este año jubilar, y genere un espíritu de renovación y de participación que nos una y nos comprometa como discípulos misioneros de Jesucristo enviados a evangelizar en estas nuevas circunstancias que vive Bogotá y nuestros municipios. Esperamos que inspire las respuestas concretas y los caminos correctos para afrontar los desafíos que hemos identificado en el discernimiento, tanto dentro de la misma Iglesia, como en la vida de nuestra sociedad. Esperamos que esta “idea fuerza” anime y atraiga a muchos alejados y contribuya a un mejor diálogo con el mundo secular.

Queremos con esta “idea fuerza” retomar y renovar el sentido profundo de la “espiritualidad samaritana” que nos propuso el Sínodo Arquidiocesano y el anterior Plan Global, y así impulsar el propósito de “hacernos prójimo” de la vida de nuestra ciudad y municipios, y no pasar de largo ante los grandes desafíos que nos propone el tiempo presente, aprendiendo a ser en Jesucristo sal, luz y fermento dentro de las nuevas realidades que vivimos, como lo fue el buen samaritano para el hombre caído al borde del camino.

## 6. EL CAMINO A SEGUIR

### Los siguientes pasos

Habiendo hecho el discernimiento evangélico de los datos recogidos, y luego de hacer una interpretación conjunta de los mismos, de identificar un problema focal y formular una idea fuerza, que nos une y compromete, podemos continuar nuestro camino de construcción de un plan de evangelización, con los siguientes pasos:

1. **Difundir entre todos la idea fuerza:** Es necesario hacer que todos los miembros de la Arquidiócesis conozcamos la idea fuerza, la comprendamos y la hagamos nuestra; de tal manera que despertemos en nosotros la ilusión de trabajar juntos por hacer realidad, con la gracia de Dios, este ideal. Será un propósito para llevar a cabo durante todo el año jubilar que vamos a celebrar.
2. **Construir el modelo de Iglesia y evangelización:** Para llevar a cabo la idea fuerza es necesario construir, a partir de ella, un modelo concreto de Iglesia y de evangelización para la Arquidiócesis; que luego de difundirlo entre todos, será nuestro punto de referencia en la realización de los planes y programas concretos.
3. **Definir el itinerario y los objetivos:** teniendo el modelo de Iglesia y de Evangelización para la Arquidiócesis, como el horizonte hacia el cual nos dirigimos, y sin perder de vista los obstáculos identificados que debemos superar, podremos definir el camino que vamos a seguir, las grandes etapas, los objetivos y los tiempos que nos proponemos, para alcanzar nuestro ideal.
4. **Definir los criterios y los campos de la acción:** será necesario, además, definir unos criterios generales que serán como las reglas de juego que orienten todas las acciones; así como identificar los campos específicos en los cuales se va a desplegar toda la acción evangelizadora de la Arquidiócesis.
5. **Redactar y presentar el Plan Global:** El Plan Global, como su nombre lo dice, es el documento síntesis que recoge los frutos de la consulta y del discernimiento, así como los grandes

objetivos que se determinan a partir de ellos, para dar unidad a toda la Iglesia Arquidiocesana y señalar el horizonte hacia el cual todos vamos a caminar y el espíritu con que vamos a hacerlo.

6. **Planificar:** Determinada la primera etapa que vamos a proponernos y sus objetivos, la planificación es el momento para concretar los procesos específicos que se llevarán a cabo, en cada uno de los campos señalados, con el fin de alcanzar esos objetivos específicos.
7. **Programar:** Definidos los procesos específicos para la primera etapa, será necesario organizar, a través del momento de programación, las actividades concretas, los responsables, los recursos, los cronogramas del primer año, en cada uno de los distintos campos de la acción evangelizadora.
8. **Poner en práctica el Plan:** teniendo los programas definidos para el primer año, comenzaremos a caminar y a trabajar juntos por el Plan; buscando, con la ayuda Espíritu, sacar adelante nuestros propósitos de conversión y dando los primeros pasos hacia el ideal que nos proponemos. Esperamos que este momento llegue para el inicio del año 2014.

## El Año Jubilar

Los pasos que acabamos de señalar los daremos dentro del contexto de la celebración jubilar de los 450 años de la Arquidiócesis; de tal manera que las actividades programadas para este año harán parte de nuestro proceso. Qué mejor manera de celebrar este aniversario centenario, que construyendo y poniendo en marcha el nuevo plan de Evangelización. De igual manera se integrarán a este proceso las actividades del Año de la Fe que el Papa ha convocado y cuyos objetivos concuerdan con el camino que estamos haciendo como Iglesia Particular.

El Año jubilar comienza el próximo 8 de septiembre con el encuentro de los delegados de los distintos miembros e instancias de la Arquidiócesis, presididos por el Señor Arzobispo, en el Coliseo del Colegio Parroquial Santa Isabel de Hungría. El mismo día a las 8

p.m. estamos invitados encender luces y velas en nuestras casas y parroquias en signo de la alegría de nuestra fe, que compartimos con toda la ciudad, la vereda o el pueblo.

El domingo 9 de septiembre se celebrará en todas las Eucaristías de las parroquias de la Arquidiócesis la iniciación de este tiempo jubilar, así como en la Catedral el Arzobispo presidirá una Misa Solemne a las 12 del mediodía, a la cual todos están invitados.

El año jubilar tendrá tres momentos:

- 1°. **La fe recibida y la memoria agradecida:** del 8 de septiembre de 2012 al Domingo de Pentecostés (mayo 19) de 2013.
- 2°. **La fe vivida y la conciencia comprometida con el presente:** del Domingo de la Santísima Trinidad (mayo 26) a la Solemnidad de Cristo Rey (noviembre 24) de 2013.
- 3°. **La fe proclamada y la proyección hacia el futuro con esperanza:** del 1r. Domingo de Adviento (diciembre 1) al sábado 22 de marzo de 2014.

Las fechas de inicio y conclusión del año jubilar corresponden con el 11 de septiembre de 1562 cuando el Papa Pío IV firma el documento de traslado de la sede de la Diócesis de Santa Marta a la ciudad de Santafé de Bogotá, para poder atender mejor a todos los fieles y el 22 de marzo de 1564 cuando oficializó el traslado por medio de la Bula In Suprema Dignitatis Apostolicae Specula y la elevación a la dignidad de arzobispado.

## **Y ¿cómo podemos participar?**

1. Realizando la Oración por la construcción del Plan de Evangelización y su puesta en marcha.
2. Colaborando en todas las actividades que se van a organizar para la realización del Año Jubilar
3. Participando en los encuentro parroquiales que se harán durante los próximos meses para conocer y profundizar en la idea fuerza; así como en los diferentes espacios de encuentro organizados por

las delegaciones de pastoral (Pastoral juvenil, universitaria, familiar, infancia Misionera, pastoral educativa, social, penitenciaria, de la cultura etc.) y en las distintas instituciones eclesiales (seminarios, casas religiosas, etc.)

4. Dando a conocer la “Idea Fuerza” en tu grupo de oración, en tu movimiento, en tu grupo parroquial, para que todos nos vayamos sintiendo unidos, identificados y comprometidos por un mismo ideal. Para hacer esto podemos bajar los subsidios que estarán en la página de internet del Plan.
5. Empezando a pensar cómo asumir el ideal y el espíritu que nos comunica la Idea Fuerza en la labor apostólica que estamos realizando, o en el grupo que acompaño, o en nuestro lugar de trabajo. Reflexionando a qué conversiones nos llama en nuestra vida personal y pastoral la Idea Fuerza.
6. Dando a conocer públicamente la idea fuerza que nos une como católicos de la Arquidiócesis de Bogotá: sacando fotocopias y repartiéndola a los vecinos, enviándola por los correos de internet a los amigos, etc.
7. Manteniéndose informado y expresando sus opiniones:
  - Por medio de la página del Plan E: [www.planebogota.com](http://www.planebogota.com)
  - Por medio de la página de la Arquidiócesis de Bogotá: [www.arquibogota.org.co](http://www.arquibogota.org.co)
  - Por medio de los animadores parroquiales del Plan E, los responsables zonales, los enlaces de cada Movimiento, de cada Congregación, de cada Delegación de Pastoral.
  - Por medio de la Vicaría de Evangelización: [sec\\_evangelizacion@arquibogota.org.co](mailto:sec_evangelizacion@arquibogota.org.co) Tel. 3505511



*La Arquidiócesis de Bogotá, como Pueblo de Dios que peregrina en medio de esta ciudad-región, vive y celebra su adhesión a la persona de Jesucristo y a su proyecto del Reino y la expresa en su vida de comunidad; de modo orgánico, dinamiza la participación de todos sus miembros y renueva constantemente sus procesos de formación y estructuras de comunión y servicio; consciente de su misión evangelizadora, como sal y luz del mundo discierne y secunda la acción del Espíritu Santo, para anunciar a Jesucristo con una actitud dialogante, profética y propositiva, en medio de la pluralidad cultural y participar en la construcción de una sociedad más justa, reconciliada, ecológica, solidaria y misericordiosa.*